

ideológicas desde fuera, sino desde dentro, a través de las preocupaciones que emergen de la experiencia vivida de diferentes individuos y grupos en la ciudad.

Bibliografía: Berger, P. y T. Luckmann. *La Construcción Social de la Realidad*. Talleres Gráficos Edigraf S.A., 1968 / Crawford, M. "Blurring the Boundaries: Public Space and Private Life" en *Everyday Urbanism* (J. Chase, M. Crawford y J. Kaliski editores), The Monacelli Press, 1999 / Crawford, M. "The Fifth Ecology: Fantasy, the Automobile and Los Angeles" en *The Car and the City* (M. Wachs y M. Crawford editores), University of Michigan Press, 1991 / Kaliski, J. "The Present City and the Practice of City Design" en *Everyday Urbanism*, op. cit. / Zukin, S. *The Cultures of Cities*, Blawell Publishers, 1995.

Ana Rosenblüth
Psicóloga, Pontificia Universidad Católica de Chile. Master en Sociología de la University of Southern California (USC), Los Angeles, EE.UU. Obtuvo una especialidad en el Programa de Ciudades Sustentables en esta misma universidad y sus intereses principales son sustentabilidad, justicia medio ambiental, y género. Actualmente se encuentra desarrollando su tesis Doctoral.

Posturas comunes

Manuel Corrada

"Estoy loco de estar enamorado, no lo estoy de poder decirlo" ROLAND BARTHES

Versiones

Una de las pocas cosas que me han llamado la atención en los últimos meses ha sido encontrar una pelota de goma. Pelota. Redonda. Goma. ¿Vestigio del pasado? ¿Juguete refractario a los ataques del diseño y la moda? También fuimos con un amigo a comer a un restaurante. Comer. Pollo. Sin topar conocidos, sin ondas, sin que el tenedor siga la coreografía de un mouse y toque híbridos del repertorio fusión.

Las carteras de pellejo de avestruz de *Hermés* son estupendas, encima caras. No traen nombre propio. No puedo conocer detalles biográficos del autor, ni con qué champú se lava el pelo, ni dónde veranea ni el repertorio de sus anteojos. El nombre de pila de *Issey Miyake* es *pleatsplease.com*. *Yohji Yamamoto* vende unos proyectos de vestidos: mangas, delanteros, ojales, piezas apenas respuntadas. Le comento a un estudiante de arquitectura que la ampliación de cierto edificio tiene la pinta de un cohete de pacotilla. De la oficina tal, dice.

Me cuentan que en no sé qué universidad, en un curso de taller de diseño han propuesto un algo a varias cuerdas de la plaza. Levantaría esa zona miserable. Levántate, sube, tira para arriba, hacia lo más alto, al cielo cerca de las nubes. De todas maneras, soñar no cuesta nada, ni la realidad se confunde con los simulacros.

Noche, un bar literario. Subterráneo, olor a media muerte, docenas de volúmenes cuyo interés resiste cualquier afán de robo. ¿Música? Estragos del tecno. ¿Ropa? Mitad remedos de negro

versace mitad las cinco tallas mayor del *hip-hop*. ¿Peinados? Pura química del gel. ¿Poses? Distantes, miradas asesinas, ángulos asimétricos de muñecas; en cambio, los dobles de las rodillas y codos bastante prolijos, precisos. ¿Zapatos? Inciertos pues la luz pestaña.

Calle ene ene. Dos personas sentadas junto a una mesa. Botella de vino, platos con hojas de lechuga picadas, servilletas, alcuza. Un íntimo gesto mínimo, dócil: las yemas de los dedos acercan con lentitud el aceite al plato de enfrente. Conversan, siguen conversando, seguirán.

Uno de los galanes de Corín Tellado, el arquitecto Ramón Salinas hablando de su novia, le confiesa a su socio: "*tengo mi amor propio y esas cosas de las cuales se carece bastante hoy día. Pero ahora sí, ahora ya podemos casarnos. El piso es una monería, está situado como sabes en la mejor obra que hemos presentado los dos... y los muebles son a gusto de Mauri y mío*".

Durante la semana varias viudas toman once en el *Samoiedo*. Los churrascos, dicen, son muy sabrosos. Supongamos que de un día para otro alguien deja de reconocer las caras del prójimo. Pese al paso de los años, los rasgos de un rostro mantienen una constancia que permite saludar a los amigos. Si una tetera cambiara de forma a cada rato, mañana en la tarde ya no podríamos tomar té. (Pedro, ¿por qué atizas? Por gozar de la ceniza)

Inversiones

Caperucita roja en la versión de Perrault debe ser uno de los cuentos más truculentos que se hayan visto: una niña inocente con su abuela achacosa habitan dentro del vientre de un lobo disfrazado de vieja. Los dioses griegos, según solemos leerlos, también eran espeluznantes, unos ogros abominables que mascaban a sus hijos.

Si uno oyera estos episodios al revés encontraría unos relatos hartos equilibrados y proporcionados con el sentido común. *Caperucita* da una vuelta de carnero a la vida diaria, es decir, el salto del cuento, del objeto, refleja en un espejo invertido la realidad. Quien lo sabe sabrá ver. O, según las personificaciones alegóricas, queda en que el dios del tiempo come el día. Siciar el hambre, alimentarse, comerte con los ojos.

¿Cuál es el revés del desecho? ¿Del débil? ¿Del cualquiera? ¿Del disminuido? ¿De la basura? ¿Del deterioro?

La casa de cierta señora no vale un pepino. Vive feliz. Su hogar jamás será retratado. ¿En referencia a qué no vale un pepino? No vale en referencia a una comunidad que la considera una nadería, que no aspira a considerarla, que la rechaza. Niéguele el pan y el agua. Sin embargo, este delirio comunitario logra definirse como tal

sólo por mirar en menos. La libertad de los desechos, la independencia del decaído: no necesitan un punto ajeno para valerse por sí mismos.

Hamlet: Un cualquiera puede pescar con el gusano que ha comido de un rey y comer del pez que se comió ese gusano.

Rey: ¿Qué quieres decir con eso?

Hamlet: Sólo demostrar cómo puede hacer camino un rey por las entrañas de un mendigo. Contra los simulacros de vida, el *Tokyo Style*; contra los prototipos corbuserianos, un oficinista de aefepé. La pelota de pimpón color rojo tomate de los payasos en la punta de la nariz, sus pantalones anchos, el calzado exagerado. Cuando mete las manos a los bolsillos, subiéndolos, la física de los suspensores elásticos entra en funcionamiento. Rebotan. Un chiste, porque la realidad sólo autoriza que ocurra justo todo lo contrario.

Una madrugada de lluvia veraniega, plis plas plis plas, Bernardo Atxaga corrige un apunte. Por descuido roza la lámpara con la palma de la mano y aparece Aladino. Léemelo. Una sorpresa, de veras, que un personaje que está en todas las bibliotecas del mundo se interese en esas líneas. "Soy de lo que ya no queda. Estoy interesado en todo". Bernardo le dice: "tus deseos son órdenes para mí".

(Tal para cual, Pedro para Juan)

Perversiones

¿Para qué hojear revistas de arquitectura? Para ver edificios diferentes. ¿Diferentes de cuáles? De los que se han visto antes.

Fulano se caracteriza por esto y lo otro. Esto y lo otro permiten discernir que se trata de ese fulano y no del vecino. Un estilo, la mano de fulano.

La película empieza en una arena. Al hombre, vestido con traje de luces, le empolvan la cara para evitar los reflejos. Un casting, un rodaje. Con su mujer viven en un departamento imperativamente blanco, mas esto no impide que ella deba buscar consuelo puertas afuera. En otra de las escenas de *Romance*, el frígido se halla sentado en un restaurante japonés. Mientras come sushi hojea un libro de Bukowski.

Cuando escasean las claves para discernir acerca de las cualidades de un producto, una casa o una hamburguesa, la economía política tiende la mano. En un artículo clásico de los años setenta cuya resonancia aún se oye y ejercita, Phillip Nelson propuso el envío de señas en cualquier formato. No importa que digan los anuncios, la seña queda; a falta de argumentos, se graba. Los medios para emitir estas ondas varían de acuerdo al tipo de productos. Para los sofisticados, un modo de vida, una manera de presentarse, una entrevista ligera.

A raíz del encargo bíblico, ganar el pan exige secarse la frente con un pañuelo de hilo. Una lástima. Para distinguirse, la gente y las instituciones necesitan afirmarse en algo fuera de serie. Hágame un mono exótico y pagará el colegio de los niños. También sobra un extra para la ropa *Polo*, es decir, para la dicha de tela. Una gotita de perfume detrás de la oreja, ojalá huelva a rosa de Bulgaria. (Con lo que Pedro sana, Sancho adolece)

Ayuda memoria En estas improvisaciones, o cartas cruzadas, he oído los murmullos de Jean-Louis Houdebine, Mary Douglas y Ernst Gombrich.

Manuel Corrada

Matemático graduado en la Facultad de Ciencias de la U. de Chile. Profesor en la Facultad de Matemáticas y en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos de la PUC. Ha sido profesor, investigador y conferencista invitado en diversas universidades latinoamericanas y europeas. Es autor de numerosos escritos sobre lógica, teoría de conjuntos y fundamentos de la matemática.

Arquitectura Cotidiana

Albert Tidy

Hablar de arquitectura cotidiana como un segmento diferenciado dentro del quehacer arquitectónico resulta arriesgado puesto que inevitablemente involucra un juicio valórico respecto a la obra. El primer cuestionamiento surge desde la misma definición: ¿acaso existe aquella arquitectura que no tenga su origen en lo cotidiano?

La arquitectura como manifestación del hombre se origina como respuesta a la necesidad diaria del subsistir ante la adversidad del medio. Primero fue el concepto de refugio, originado en la caverna y en las primeras construcciones elementales, cuya finalidad era proporcionar cobijo y la protección, luego se multiplicó en aldeas y pueblos y junto con ello comenzaron las primeras civilizaciones. Nuevos programas surgieron con las nuevas necesidades tanto físicas como espirituales que demandaban las emergentes estructuras sociales para satisfacer los requerimientos del habitar y la convivencia en comunidad, hasta llegar a la ciudad contemporánea que hoy conocemos. Varios milenios han transcurrido desde entonces, y el campo de la arquitectura como disciplina se sitúa en una perspectiva relativamente reciente en la historia de la humanidad. El acto de habitar surge espontáneamente y prueba de ello son los innumerables ejemplos de arquitectura vernácula que subsisten hasta nuestros días, siendo fuente de inspiración y admiración de la rama culta del oficio.

Las variables que intervienen en la problemática arquitectónica hoy enfrentan un escenario naturalmente más complejo, abierto y sofisticado que evoluciona junto con el desarrollo de las sociedades y el progreso de la técnica; sin embargo, a pesar de la existencia de nuevas fronteras para la disciplina y la aparición de variables cada vez más complejas que intervienen en el habitar, las demandas inmediatas originadas en el cobijo y la protección permanecen prácticamente inalterables en el tiempo.

La obra de arquitectura está inevitablemente sometida al testeo de la experiencia cotidiana del usuario, quien establece juicios valóricos dimensionables sobre la base del grado de confort que la obra sea capaz de proporcionar, el arraigo emocional o el consenso estético de la aceptación. Sin pretender subestimar la importancia de la apreciación del destinatario, resultaría simplista medir el valor de una determinada obra de arquitectura desde esta perspectiva, ya que la popularidad en arquitectura no necesariamente es proporcional a la calidad de la propuesta. Lo mismo ocurre en el sentido inverso con obras emblemáticas cuyo aporte no siempre es valorado, llegando a instancias de franco rechazo por parte de la comunidad.

De este modo, la historia de la arquitectura se construye en base a selectos ejemplos que irrumpen como obras paradigmáticas de una determinada tendencia, movimiento o contexto específico. Lejos de ser un discurso estructurado y fluido, son sólo un puñado de obras las que llegan a coronarse como hitos representativos de un momento singular en la historia las que en forma aparente, nos proporcionan una síntesis de la arquitectura como totalidad. En consecuencia, la información disponible en el debate contingente y en la escena arquitectónica resulta naturalmente incompleta, puesto que depende directamente de la publicación como medio para su difusión, reconocimiento o condena.

Ante la imposibilidad de disponer de la información de todo aquello que teóricamente se circunscribe dentro del ámbito de la arquitectura, los medios de difusión surgen como mecanismo de selección cuyo objetivo es rescatar, promover y registrar aquella información para hacerla disponible a un universo más amplio que el de la experiencia espacial *in situ*.

“*Yo público, luego existo*” parece ser una condición de nuestros tiempos para el oficio, que, lejos de ser condenable, es necesaria e indispensable; no obstante debe guardarse una distancia prudente en comprender la exposición como una herramienta de progreso y no como un fin de la

disciplina. Rem Koolhaas define al arquitecto contemporáneo como un ser sediento de reconocimiento que reacciona al más mínimo estímulo de la publicación como recompensa. En su discurso ofrecido el pasado año al recibir el premio Pritzker, nos ofrece una perspectiva poco optimista al comparar el rol del arquitecto hace 50 años como autoridad intelectual involucrada activamente en el progreso social, en contraposición con el rol individualista de la trascendencia personal motivada por el deseo de pertenecer al “*star system*” que los mismos medios de difusión han creado, reduciendo su labor como un bien transable que se ajusta a las reglas del mercado.

Sin embargo, aquella arquitectura que es reconocida no es un hecho aislado, sino más bien es la consecuencia de una reacción crítica a lo establecido que requiere de intentos fallidos y tiempo para su maduración. Son innumerables los casos de obras que han debido soportar el injusto rechazo de la indiferencia para más tarde gozar del rol protagónico que la historia les reservaría.

Sin pretender ser un acto de heroísmo forzado, el presente comentario tiene como fin reflexionar sobre los valores de aquella arquitectura que no forma parte del repertorio de obras trascendentes y que probablemente permanecerán radicadas en el olvido. Son obras que quizás injustamente hacen su aporte desde la discreción del anonimato y la sencillez de lo cotidiano, pero que indiscutiblemente forman parte de nuestra vida diaria y que en muchas ocasiones constituyen el punto de partida para nuevas ideas.

Lo enteramente original no existe en arquitectura. El poder visionario de maestros que han iluminado el camino de la arquitectura no ha sido fruto de la inspiración pura. Es el poder de observación de lo cotidiano y de lo circundante lo que afirma una visión crítica respecto a lo establecido para proponer una obra o pensamiento que se construye a lo largo del tiempo con el rigor de la perseverancia y el riesgo de la intuición.

“*No soy un intelectual, soy un carpintero que conoce su oficio*” afirma el otrora ebanista y diseñador suizo Peter Zumtor, quien, luego de una larga trayectoria como arquitecto y constructor, ha llegado a la cúspide de su carrera como arquitecto reconocido por la singularidad de su obra madura. Sin embargo, su obra no podría entenderse de otra manera que no sea la herencia de la tradición maderera de los Alpes ni el culto al rigor y la exactitud del pueblo Suizo. El agudo grado de observación y de edición de todo aquello que conforma el imaginario cotidiano, acerca la obra de este arquitecto a lo más profundo de la sensibilidad de los sentidos. El manejo de la luz